POESIA HISPANO FILIPINA.

De entre las formas literarias que florecieron en castellano en el Archipiélago Filipino, la poesía es sin duda la que tuvo mayor desarrollo, ofreciendo libros y colecciones. Si para un pueblo que asimila una lengua extraña, resulta más fácil la expresión en prosa, hemos de maravillarnos de que, por esta vez, fuese la poesía la que atrajese al literato y le lanzase a la aventura del poema antes que a la de la novela, el teatro o el ensayo. No es extraño, sin embargo, si se considera la especial idiosincrasia del pueblo filipino, su historia y su ambiente, que le inclinaron a la expresión poética en todos los tiempos. En este brevísimo estudio de la poesía hispano filipina, no podemos menos de hacer constar ciertos datos históricos que ayudarán a la mejor comprensión del mismo.

Filipinas, antes de la llegada de los españoles, tenía ya una historia como parte integrante de dos Imperios malayos que florecieron del siglo VIII al XII el primero, y del XII al XIV el segundo. Estos Imperios, que abarcaron territorios desde la península de Malacca hasta Formosa, incluyendo la Indonesia y Filipinas, se llamaron el Imperio Sry-Vishaya y el Imperio Madjapahit. Pero en la formación de ambos tuvo una gran influencia la India, por cuanto que las gentes primitivas, que fueron viniendo en diferentes oleadas de emigraciones a poblar las Filipinas, partieron de la península transgangética en una continua peregrinación, empujadas por pueblos de Asia que las iban desplazando de las regiones más fértiles del llano y de la montaña hasta dejarlos acorralados en la Indochina y la península de Malacca, después de haber pasado el calvario de una vida por las regiones del Himalaya, nombre éste tan malayo que aún se conserva en el dialecto visaya actual, con el significado de "hacia el monte". De la península de Malacca arro-

jados al mar, pasaron a Sumatra, a Java, a Borneo, a Filipinas. De todo lo cual se deduce que las gentes que integraban las Islas Filipinas, a la llegada de los españoles, eran un pueblo o un conglomerado de pueblos con un común destino, que habían arrastrado durante siglos la persecución y el dolor y traían como herencia para su sentimiento y su mentalidad, la honda melancolía de lo inestable, de lo irretenible, de lo efímero, y para la expresión de tan prolongada odisea, un soplo de fatalismo con toda la tristeza y la musicalidad, el ritmo y la fantasía soñadora de las regiones hindúes. Al pasar a una vida más fácil, en un ambiente más suave, con una exuberancia más despejada y con menos resistencias telúricas, el pueblo de las tristezas y de los ensueños se tuvo que hacer más artista, más músico y más poeta. Siguió soñando, hasta que comenzaron a despertarle de su duerme-vela la iniciación de dos nuevas invasiones, la mahometana y la de su irreconciliable enemigo, el cristianismo. Optó por éste porque creyó que la cruz iba a ser más suave que la media luna, y aquel pueblo que no había sabido ser sanguinario porque había nacido para cantar, fué asimilando entre reservas y claudicaciones el signo de Occidente con el de la cruz. Pero su esencia poética, que sobrevivió a todas sus luchas y a la humillación de un vivir nómada, se sedimentó y floreció en lo que parecía ser ya algo definitivo para su existir. Pigaffeta, el cronista del viaje de Magallanes, les encuentra cantando y tañendo diferentes instrumentos musicales, con sus danzas, sus melodías y sus ritmos. Si el europeo hubiese sabido la lengua de aquellos nativos, quizás nos hubiese traído una muestra de su poesía, de su buen decir poético.

¿Qué ocurrió después de que Legazpi impuso la soberanía española en Filipinas? Pues sencillamente, que como todo cuanto los misioneros les inculcaron lo hicieron en los respectivos dialectos del país, el filipino siguió cantando en su propia lengua, y conservando sus tradicionales formas literarias, pasándolas oralmente de una a otra generación, sin preocuparse en escribirlas, ante ciertos temores fren

te a la reacción de los misioneros. Muchos de éstos, comprensivos y artistas, las fueron anotando y de esta forma han llegado a nuestros días,-en las diferentes gramáticas tagalas, visayas o ilocanas,- las formas literarias que cultivaron y que consistían principalmente en máximas (sabi), proverbios (sawikain), canciones de mar (suliranin, talindaw), cantos nupciales (diona, oyayi, awit) y las canciones de guerra y amor (kumintang, kundiman). El duplo era una discusión en verso entre dos personas y se representaban también farsas criticando costumbres locales, en las cuales el acertijo (bugtongs) se empleaba principalmente, así como narraciones épico-ditirámbicas (dalits). Todo ello en verso naturalmente.

Un pueblo que se expresaba así con tanta facilidad en su vida diaria y en su sentir popular, tenía que ser un pueblo esencialmente poético. Pasaron más de dos siglos antes de que tuviese oportunidad de estudiar formalmente en instituciones de enseñanza, pero esta vez tampoco lo ~~hicieron~~ hizo en español sino en latín, hasta casi mediado ya el siglo XIX. Entonces y a fines de este siglo, cuando también el canal de Suez traía material literario de Europa, y Filipinas se puso en contacto con ese movimiento cultural europeo de la época liberal, fué cuando surgió la poesía hispano filipina. Con un reducido equipaje literario y un conocimiento poco profundo del idioma, se presentaron los precursores de la poesía castellano-filipina, Pedro A. Paterno con su librito "Sampaguitas", Emilio Jacinto, José Palma,-autor de "Melancólicas",-y Rizal. Luego hay un magnífico florecer de poetas de alta calidad, como Cecilio Apóstol, Fernando María Guerrero, Pacífico Victoriano.

De toda ~~obra~~ aquella primera generación de poetas que escribieron entre el 1890 y ~~el primer tercio del~~ fin de siglo, la crítica filipina ha considerado a Rizal como el más excelso. Incluso se le considera como el mejor poeta hispano que han tenido las Islas. Aunque yo no comparto esta opinión y considero a Apóstol, a Guerrero, a Recto, a Pérez Tuells, a Balmori y a Bernabé como poetas de más cultivada

inspiración, de un conocimiento más completo del castellano, y de una elegancia más singular en la concepción de las imágenes, quiero dedicar un párrafo largo a la poesía de Rizal que, además de ser nuestro héroe nacional, fué el hombre que mayor esfuerzo intelectual puso en su obra, fundiéndola al mismo tiempo con la sangre de su corazón y de su hombría.

No voy a hablar, ni a analizar, ni a hacer una crítica severa de la obra poética de Rizal, en cuanto a su forma o a su calidad. El escribió como se escribía a fines del siglo diecinueve, de una manera clásico-romántica, con sus figuras retóricas de la época y sus énfasis teatrales; expresión recta y abierta, sin rebuscamientos cerebrales ni conceptismos laberínticos. Poesía para despertar y sacudir modorras, más que para sumir el alma en nirvanas de lo abstracto y lo subconsciente; poesía que decía lo que quería decir e intentaba ser palanca que hiciera saltar el alma del lector hasta lo más alto de la emoción.

Así escribió, y no iré más lejos para desmenuzar lo que su potente personalidad puso, como parte original, en su manera de hacer versos. Pero sí quiero decir a aquéllos que al hacer un estudio de su poesía encontraron en ella defectos de forma y hasta de sintaxis, que Rizal no intentó hacer obra poética para dejarla a la posteridad, porque no tuvo tiempo para ello, reclamado como estaba por otros quehaceres que consideraba mucho más urgentes, y que, si como un desahogo ineludible de su ánimo escribió en verso, fué sólo para eso, para verter sus lágrimas o su alegría (mucho más llanto que risa) en esa fórmula milagrosa de la intimidad del alma, que es la poesía. Luego no encontró la hora ni el minuto para pulir sus versos, para corregirlos, para perfeccionarlos. Si hubiera podido hacerlo nos hubiera dejado una obra acabada, porque para ello contaba con una preparación sólida y una personalidad singular. Y no olvidemos que Rizal murió muy joven, ~~a los 36 años.~~

A pesar de todo, su poesía tiene una fuerza considerable en su

didáctica, en su ternura, en su melancolía y en su obsesión patriótica. También la tenía en sus ráfagas de desilusionado pesimismo. Y fuerza ciclópea en la exaltación de sus ideales.

También encontramos en los versos de Rizal la paciencia, la humildad, la ponderación y un gran perfecto espíritu cristiano. Su alto civismo le llevó a amar el progreso como un instrumento y un camino a la libertad, y todo lo quiere conseguir por el ~~camino~~ senda de la razón contra el atropello, de la paz contra la guerra. Hay unas líneas suyas que nos demuestran esto más que nada en "El agua y el fuego". El símbolo es perfecto: "Vivamos en sosiego, y el incendio jamás luchar nos vea". Aprovechemos nuestra fuerza para empujar el mundo hacia el progreso, Este es el Rizal pacífico y pacifista, aunque sin renunciar por ello, ni un momento, a la lucha con el raciocinio.

Faceta importante en la poesía de Rizal es su ternura en todo: en su nostalgia por su patria y en el pesimismo de su desilusión: a veces la cruz pesa demasiado, el calvario se hace tan largo que pierde la esperanza de la cúspide con su sol y su descanso. Ni siquiera vislumbra la posibilidad de la inmolación que sirva de redención para su pueblo. Y escribe su nostalgia en "A las flores de Heidelberg" y su desilusión en "Me piden versos".

Para mí ésta es la poesía más perfecta de Rizal como versificación y como contenido. Sólo su "Ultimo Adios" pudiera mejorar las décimas que nos pintan la personalidad desencantada de Rizal, en un momento en que pensó que sólo a su madre podía confiar su desaliento. Hay una deliciosa musicalidad en este poema, un fluir de agua clara y un rebrinco de espuma en la melancolía de su torrentera, discurriendo por la hendidura obscura de una sima:

!La dejé! mis patrios lares
!árbol despojado y seco!
ya no repiten el eco
de mis pasados cantares.
Yo crucé los vastos mares
ansiando cambiar de suerte,
y mi locura no advierte
que, en vez del bien que buscaba,
el mar conmigo surcaba
el espectro de la muerte.

Cuando vuelve por segunda vez a la Patria y el gobierno de Manila le deporta a Dapitan, allí, alejado de todo contacto social, se enfrenta con la naturaleza virgen y se funde con ella escuchando e interpretando sus voces. Su sensibilidad se afina aún más, y el recuerdo surge en toda su plenitud. Hace un minucioso recuento de su pasado, aquilata lo que él llama su fracaso y hasta lo agradece en el goce de su soledad.

Rizal capta el matiz de cada cosa y percibe el sonido de todos los elementos, el arroyo, el mar, la brisa, el viento, el canto de los pájaros, el ladrido del perro, el rugir de la tormenta. Ya no sabemos si su cuerpo se ha hecho espíritu o si su alma guarda sólo vestigios de su materia. El hombre se torna transparente y la luz traspasa su carne para hacer visible el rosado fluir de su sangre. Y así purificado escribe "Mi retiro".

En esta creación Rizal ya es sólo poesía: altura de miras, ansia de aires puros, asco de lo innoble. El era así: puro y honrado y heroico: con la verdad (su verdad) por escudo, incapaz del engaño o de la traición.

Comprende que en el aire viciado de la vida no puede ser feliz porque se asfixia al respirarlo. Y agradece a la tormenta y a los vientos del cielo el que hubiesen abatido su "incierto vuelo" dejándole en una playa de su país natal.

En la víspera de su ejecución escribe su "Ultimo Adios" donde se nos da la pintura exacta de su reciedumbre, de su temple heroico, de la fortaleza de su fe, de su perfecto espíritu cristiano, de su inconmensurable patriotismo y de su amor a España. La forma, la fuerza, las imágenes, y el ritmo adaptado a las palabras, a la frase y a la expresión del sentir, hacen de este poema, su mejor gema poética.

. . . . . .

De la siguiente generación, pero perteneciente al grupo enardecido por la revolución y sus héroes, es Cecilio Apóstol. Su libro

"Pentélicas", dá nombre y descripción a su obra poética. En efecto, toda la poesía de Apóstol está tallada en mármol, es rígida, es simétrica, es exacta, es fría y es dura, pero tiene grandiosidad, rotundez y una cuidadísima forma ajustada a la profundidad de sus conceptos y a una filosofía natural sana y de elevada nobleza. A veces la geometría de su verso pierde sus aristas, y en las curvaturas aquél adquiere blandura aparente para producir el efecto descriptivo de lo muelle y lo lírico, del desmayo o del vuelo, de la flor y del aroma. Pero debajo de la obra del artífice está el mármol, siempre el mármol.

Apóstol, como sus contemporáneos, prefirió inspirarse y tener como maestros a los vates franceses y sud-americanos, inspirados éstos a su vez por aquéllos también, en su afán de rehuir lo hispano bajo el encono de las luchas políticas de la independencia. Así, su clasicismo en la expresión, adoptó los metros modernos de Darío y Santos Chocano, los versos largos, los acentos exclusivos, y su léxico, que alcanza cierta originalidad, queda salpicado unas veces con arcaísmos y otras con galicismos.

Es el poeta que ha cuidado más su poesía, que le ha dedicado más su tiempo, que ha hecho un culto de ella. Sencillo y despreciador de las glorias mundanas, de las componendas oficiales, y gozador de una absoluta independencia, supo considerar los valores humanos con un concepto franciscano, sin frenar el vuelo de su pluma para transcribir las verdades de su alma.

Vaya esta estrofa como leve muestra de su poesía:

"¡Sufre y espera, corazón humano!
El que confía en Dios no desfallece.
No siempre el día despuntó temprano.
¡Pero siempre amanece!"

. . . . . .

Fernando María Guerrero es el lírico por excelencia en la poesía hispano filipina. La suya es el contraste de la de Cecilio Apóstol. Suavidad, claro de luna, musicalidad, ternura, sus ver-

sos fluyen y corren como agua niña de regato, atravesando las vegas, las praderas, los huertos; recogiendo en su murmullo el canto del ave, el susurro del viento, el siseo del ramaje. Es el poeta que más siente su tierra, no en el grito de guerra y libertad, sino en la absorción de las bellezas de su paisaje, en la interpretación del sentir campesino, en la personificación poética de sus flores y de su sementera, en la descripción de las horas tropicales. Su ternura se derrama también sobre los débiles, el enfermo. el pobre, el niño, todo ello en una forma expresiva personal, creadora de un estilo propio, lleno de bellezas.

Si en vez de publicar un libro antológico, como ha hecho la mayoría de los poetas filipinos, hubiera dedicado su númen a escribir un tomo expositivo de todas las facetas de su raza y de su tierra, hubiera dejado una obra tan personal que le hubiera inmortalizado como el poeta por excelencia de lo autóctono y lo telúrico de su patria.

De todas formas ha quedado como el príncipe de los líricos filipinos y como maestro de una más joven generación, entre los cuales descuella otro gran lírico de la poesía hispano filipina: Jesús Balmori.

. . . . . .

Antes de continuar con la presentación de la generación siguiente, merece la pena tratar de descifrar el enigma o el fenómeno de esa profusa floración de poetas nacidos entre 1885 y 1899, que escribieron en el primer tercio del siglo XX, precisamente cuando las Islas estaban ya en manos de los norteamericanos y los centros de enseñanza apenas daban sus clases ~~enseñaban ya~~ en el idioma castellano. Bajo la presión de las autoridades norteamericanas, los colegios regidos por españoles, religiosos en su mayoría, tuvieron que cambiar el idioma para la enseñanza, siendo la última resistente la directora filipina del Centro Escolar de Señoritas, Doña Librada Avelino que tuvo un gesto román-

tico y quijotesco al devolver al Subsecretario de Educación norteamericano la autorización para dar certificados de estudios, cuando la amenazó con retirárselo si no introducía el inglés en el colegio de su regencia.

Y entonces, entre 1910 y 1920, empiezan a escribir y a ~~bangar~~ cantar versos más de veinticinco nuevos escritores, entre los que descuellan Balmori, Bernabé, Recto, Pérez Tuells, Marfori, ~~Flavio~~ FLAVIO, Zaragoza, etc. Poetas de auténtica vocación, pero con poco ambiente cultural, faltos de libros y de maestros, de tertulias literarias donde leer y contrastar sus trabajos, van escribiendo, editando libros y publicando en los pocos periódicos y revistas que se ~~publicaban~~ imprimían en las Islas, ~~y publicando libros~~. ¿Es que existía un afán comprimido, una acumulación atávica, un explosivo lírico, en el alma poemática de la juventud filipina que, libre de trabas, dió rienda suelta a su sentir poético, en un idioma que había querido poseer y dominar con el afán de demostrar su capacidad racial para los altos vuelos poéticos, en la lengua de Cervantes? ¿Es que era la realización de este ideal alimentado por Rizal lo que podía darles la categoría cultural más excelsa ante el mundo occidental? ¿O era simplemente un regusto artístico, un placer de hacer poesía, un desmenuzar el alma y el sentir en transmisión de pensamiento, en expresión del mismo, con un idioma que creían daba más altura a esos vuelos de su espíritu?

Pongamos de todo un poco y quizás acertemos con la verdad. Después, a medida del progreso del inglés en las Islas, de la merma del prestigio hispano, ahogado por los fuegos artificiales del progreso materialista de la post-guerra, introducido allí por norteamericanos ~~este progreso por~~ el maestro más capacitado de dicho movimiento, estos poetas van dejando de escribir y apenas surgen otros nuevos. El progreso material y comercial en Filipinas es rápido y radical. Entre 1920 y 1939 se llena Manila de extranjeros, más o menos aventureros, y surgen industrias o se modernizan las existentes. Se explotan las

minas, sobre todo las de oro, y se crea un movimiento en la Bolsa que embriaga la ingenua ambición del burgués, del pequeño capitalista. Los poetas se dejan contagiar, se dedican a actividades que les alejan de los versos. Recto se ha hecho político de prestigio, Pérez Twells hace cine. Hasta Bernabé cae en la trampa de la política y consigue un acta de diputado, pero poeta al fin insobornable, se aleja enseguida de la farsa y procura resolver su vida material con la enseñanza.

Hablaremos un poco de ~~estos~~ dos poetas tan representativos de la generación que acabamos de ~~describir~~. mencionar.

Manuel Bernabé, educado en el Ateneo de los jesuítas, con su maciza formación hispano latina, es para mí el más completo poeta de las Islas. A los doce años escribía versos en latín, a los quince en castellano. Es el término medio entre Apóstol y Guerrero. Tiene la robustez expresiva e idiomática de aquél y el lirismo reforzado de éste. Su verbo tiene un fluir especial que llega al corazón, su poesía tiene embrujo, tiene duende, y sin saber por qué, penetra en el alma. Es el suyo un estilo arcangélico que maneja las alas y la espada, el vuelo grácil y la fuerza celestial. Y su castellano no tiene que envidiar a los estilistas más depurados. Tiene a gala usar un lenguaje limpio, clásico y robusto. Es lástima que no ~~trabaje~~ lime más sus versos para una mayor perfección, sobre todo ~~el~~ ~~esforzarse~~ enlazando en manejar rimas menos vulgares que hacen su poesía a ratos, demasiado fácil.

Balmori tiene cierta elegancia suave en la frase y una ternura especial para todos sus temas. Es poeta nato, pero demasiado bohemio para cincelar con ~~un~~ esfuerzo su ~~poesía~~ obra. Su verso brotaba espontáneo como un desahogo de su alma y no corregía ni pulía sus escritos para dejarlos acabados según las reglas del arte. ~~Es~~ Una ~~lástima~~ pena, porque su lirismo tiene vuelos raudos y sus imágenes belleza expresiva. Reunió sus versos en un tomo titulado "La casita de Nipa". Y en el periódico "La Vanguardia" fustigaba al poderoso, al político y a la sociedad en una sección satírico-festiva

que publicaba a diario sus trabajos con el pseudónimo de Baticuling."

Bernabé y Balmori fueron el sostén de la poesía hispánica hasta nuestros días. Y célebres fueron sus justas poéticas con el título tagalog de "Balagtasan", que merecieron el premio Zobel. Muerto Balmori, Bernabé ha recopilado los poemas propios (los que la guerra perdonó y lo que escribió después) en un tomo titulado "Perfil de Cresta". Antes había editado otro tomo con el título de "Cantos del Trópico."

Claro Recto ~~que pudo llegar~~ llegó a hacer una labor completa y perfecta ~~fecundada~~, después de publicar un libro "Bajo los cocoteros", que escribió en tres meses, a los veinte años. Obtuvo pronto un acta de diputado y la política y el bufete de jurisconsulto ahogaron la obra del poeta.

La que esta conferencia escribe también cultiva la poesía y su nombre y sus trabajos fueron incluídos en él Parnaso Filipino que Martín de la Cámara publicó en 1929, Al no sentirse capacitada para enjuiciar su obra poética, porque lo propio es lo que menos se conoce y lo que más se desdibuja ante la miopía del creador, debe referirse al juicio que de su libro "A lo largo del camino", publicado en Madrid en 1954, con prólogo de Federico Muelas, mereció del bibliotecario perpetuo de la Real Academia Española, Don Vicente García de Diego y al del crítico literario Federico Carlos Sainz de Robles. El primero, en una carta dirigida al Presidente del Círculo Filipino para agradecerle el envío de las publicaciones de este Círculo, decía: "El libro de poesías "A lo largo del camino" de Adelina Gurrea me ha causado especial impresión, porque su modo, destaca, a mi juicio, sobre poetas que reputamos excelentes." Y el segundo, en carta escrita a la autora para comunicarle la impresión de la lectura del libro dice, entre otras cosas:

"Sus poemas me han parecido, sencillamente, como un oasis encantador. Un oasis donde la naturalidad, la alteza de conceptos, la sinceridad de sentimientos, el fervor melódico y la tradicional

ortodoxia métrica forman el pequeño paraíso del lector. Los poemas son agua para la sed y color para los ojos y acento de sonata para el corazón." Y termina así: "Como poetisa, felizmente aún postmodernista, "intimista", de la media voz -susurro- y del pudoroso tarareo inefable, está Vd. en la línea de las mejores voces líricas femeninas de Ultramar."

La guerra, que destruyó casi la totalidad de Manila, se llevó los más importantes periódicos y publicaciones en castellano. La Vanguardia ya no reanudó su vida y con ella otros diarios. Quedan en pie, periódicos pequeños como El Debate y La Voz de Manila, que publican versos de varios autores. El más asiduo en enviar sus trabajos es Vicente de Jesús, que ha progresado mucho y escribe versos muy bellos, al que tienen ahora como maestro los pocos poetas que surgieron después de la generación de 1910, verdaderos héroes todos ellos con una vocación ineludible e irreprimible. También sigue publicando Esteban Medrada.

Entre los defensores de la literatura castellana, justo es mencionar a Enrique Fernández Lumba, más que por su poesía extensa y correcta, por su ahinco y afán en permanecer dentro de la primera fila de trincheras del hispanismo con una labor callada, pero continua, dejando caer su gota de agua, en el Senado, como corrector de estilo, en editoriales y artículos de periódicos de habla castellana, en las aulas de enseñanza y en cuantas actividades se presenten para resucitar el castellano en las Islas.

¿Quiénes son y cómo es la poesía de los que vinieron tras los Balmori y los Bernabé? En primer lugar mencionaré a Evangelina Guerrero, hija de Fernando Ma. Guerrero, cuyo libro "Kaleidoscopio Espiritual" mereció el premio Zobel de Manila. Es además la única mujer, miembro de la Academia Filipina de la Lengua.

Con menos ambiente y quizás con menos libros que su padre, adquirió cierta formación literaria y el empuje de su vocación la hizo poetisa. Aunque es muy admirada entre sus conciudadanos, yo encuentro su producción muy irregular, grandes aciertos junto a

modos y temas manidos. Su poesía gira en torno a su pesimismo, a su corazón, a sus dolores, y esto la ha alejado de los temas más profundos. Es lírica, como su padre. He aquí una bella estrofa de su poema "Barcarola":

> Hacia la mar te vas como paloma
> que en el milagro azul de la hora bella
> tras sí abandona la encantada loma
> y surca el cielo en busca de una estrella.

Después debo mencionar a otros dos poetas, cuyos versos he conseguido conocer y leer en mi último viaje a Filipinas: Ramón Escoda y Francisco Zaragoza. De cada uno conozco un libro, pero no de versos. Ramón Escoda, cuyo primer contacto lo tuve en los poemas que presentó a un concurso de poesía organizado por el Círculo Filipino, -uno de los cuales tuvo el mérito auténtico para merecer un accésit, -obtuvo el premio Zobel con un libro de poemas en prosa. Y Francisco Zaragoza es autor de "Marella", una biografía en prosa también de una heroína de la Independencia.

Ramón Escoda, como poeta, ha producido poco: por lo menos a mí no me ha dado a conocer más que un número limitado de poesías. Pero en ellas encuentro la inspiración, un léxico poético apropiado y nada vulgar, casi exclusivo, y la promesa de llegar lejos si de veras se propone estudiar y escribir más. Véase una muestra de su modo de hacer poesía:

> En este atardecer de mi existencia,
> cansada el alma, el cuerpo desvalido,
> vuelvo al calor del solariego nido,
> perdido en la nostalgia de la ausencia.
>
> Con un agobio de ilusiones muertas,
> llego tarde. En el templo solitario,
> la incierta luz del negro lampadario
> reza la unción de soledades yertas.
>
> Cual pira de un lejano sacrificio,
> fuera, pintando las vidrieras de oro,
> en propiciación ámbar, el sol muere...
>
> En el silencio virgen, se oye un lloro:
> es el alma del mundo que, en suplicio,
> gime el dolor lustral del Miserere...

Francisco Zaragoza, más joven, escribe una poesía muy singular y muy suya, con imágenes bellas, fluída y densa a la vez, de la que,

con el buceo de la lectura, se sacan a flote pensamientos hondos. De una quintaesenciada sensibilidad, recoge la palpitación de todas las cosas y da vida hasta a las masas muertas del universo:

> Hay un temblor de aurora hasta en la bruma,
> en el ansia, el silencio y el olvido.
> No hiere el espinar, sino perfuma,
> ni pesa el plomo de mi cruz: es pluma.
> Magnolias de cristal finge la espuma
> y una rapsodia de alas es el nido.

Se ha dicho muchas veces desde España que la poesía hispano filipina se había estancado, sin que los poetas de las Islas hubiesen intentado un progreso, modernizándose y adaptándose a las nuevas escuelas que han sacudido el mundo de la poesía en los últimos veinticinco años.

En primer lugar, he encontrado, tanto en los poetas nacidos a fin de siglo, como en los pocos que han surgido después, de una resistencia a adoptar la poesía arrítmica, libre, contorsionada, sincopada, cerebral, conceptuosa y ávida. Al espíritu poético de las Islas le gusta la melodía, la medida y la armonía para sus versos, y se niega a ponerse al servicio de aquel modo de escribir que ellos llaman antipoético. Cuando, lejos ya de la moda de los tiempos, se cribe la poesía escrita en estos años pasados y aun en los presentes, se verá quién tuvo razón al nominar poesía una cosa u otra. La historia juzgará y seleccionará, para repudiar una de las dos formas, como una aberración, y conservar su antagónica, como un progreso.

No es por aldeanismo ni por desconocimiento, por lo que los poetas filipinos se han abstenido de las últimas innovaciones. En pintura, en escultura y en arquitectura, siguen la línea de las recientes tendencias hasta la exageración. Pero en poesía hispana se han negado a ello sus artífices.

Por otra parte, aun suponiendo que no fuese por propia voluntad, sino por inhabilidad, ese quedarse dentro de las fórmulas de lo clásico. ese permanecer en las líneas de atrás, yo quisiera preguntar ¿qué país fuera de Filipinas sería capaz de producir esta poe-

sía estancada,-según juicios venidos de fuera,- pero correcta, clara, sentida y bella, sin escuelas donde aprender el idioma, sin hogares donde hablarlo, sin bibliotecas para estudiarlo y perfeccionarlo, sin tertulias para contrastarlo, sin actos culturales donde absorber pensamientos y formas ajenas, sin prensa donde publicar las producciones, sin editores que las den a la luz, y sin alicientes para usarlas como medio de vida o de gloria? Ni el cine, ni el teatro, ni la prensa, ni el libro son actividades que pueda aprovechar el escritor de habla hispana en Filipinas.

¡Qué potencia comprimida, qué vocación atávica, qué sedimento melodioso de bello decir y bello soñar, no llevará el filipino en su alma, para que en su isla literaria inhóspita, en su arenal sin límites, en su desierto sin oasis, rompa a cantar por vocación irrefrenable y sepa exprimir todo el jugo de su corazón de poeta milenario, para con él, sólo con él, lanzar la estrofa, la metáfora, el verso que ha de recoger únicamente su propio oído y el de las estrellas sobre el yermo de sus dunas. Y si alguien juzga que este jugo y este verso así brotados no pueden ser poesía, es porque de poesía no entiende quién lo dice.

Adelina Gurrea

Madrid, Mayo, 1960